

Antonio de Ciudad Real

“De cómo llevaron al padre comisario a Xalapa, y de algunas cosas de aquel camino y otras que sucedieron sobre aquel caso”

p. 268-271

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

los sacramentos y poner otros ministros, y que era tan grande el mal y escándalo que por su causa había en aquel reino, que creía o temía que no le había de dar Dios lugar para hacer penitencia.

[CAPÍTULO CXXX]

De cómo llevaron al padre comisario a Xalapa, y de algunas cosas de aquel camino y otras que sucedieron sobre aquel caso

Volviendo a Guamantla, donde quedó el padre comisario general, lunes veintiocho de diciembre de mil quinientos ochenta y siete años, es de saber que el alcalde mayor de Chalco le daba mucha guerra y priesa, diciendo que quería llegar muy presto al puerto de San Juan de Ulúa y no detenerse en las ventas, donde decía que valía todo muy caro y a él se le hacía más; por esta razón, después de haber dicho misa en un aposento de aquella casa, y después de haber comido y almorzado todo junto, y despedido los frailes que atrás quedan declarados, quedóse con su secretario y con el predicador de la Puebla y fray García de Arellano, ambos hijos de aquella provincia, y con un corista de Guatemala que el día antes había llegado allí con ciertos negocios, salió de aquel pueblo con los españoles sobredichos, y andadas dos leguas largas de camino muy llano, llegó a un pueblo de indios otomíes de aquella guardianía llamado San Lorenzo, donde aquella noche habían dormido los dos frailes de Amozoc, los cuales según pareció, ya que no les dejaban ir en compañía del padre comisario, querían, a lo menos, ir siempre a la mira para dar prisa al alcalde mayor. Pasaron los españoles con él de largo por aquel pueblo, y andadas otras tres leguas largas, también de buen camino, con mucho sol, polvo y cansancio, llegaron a una ventecilla nueva llamada del canónigo Santiago. Refrescáronse todos con agua fría que allí hay, que se saca de un pozo a brazos, y luego prosiguieron su viaje, y andada otra legua asimesmo de camino llano, pasaron por junto a otra venta que llaman la Nueva, la cual estaba a la sazón despoblada; y andada otra legua del mesmo camino, llegaron a otra venta llamada de Oliveros, en la cual había muy mal recado, porque no había para todos sino un aposento muy patente, exento y desabrigado, y no obstante esto, por ser ya puesto el sol, poco menos, y llegar todos muy fatigados, especialmente el padre comisario, como más viejo, se detuvieron allí aquella noche, la cual pasaron muy mal por la poca ropa y menos reparo que había contra el excesivo frío que allí hace;

el agua que allí se bebe es muy gruesa y salobre, sácase de un pozo con una anoria, pero media legua de allí está una fontezuela de buena agua, de la cual trujeron un cántaro por hacer regalo al padre comisario, el cual se detuvo, por estar indispuerto, en aquella posada hasta otro día por la tarde.

Aquel mismo lunes (o el martes siguiente) prosiguiendo el provisor de la Puebla en sus diligencias y excomuniones, hizo matar candelas y que apedreasen las puertas de la casa del alcalde mayor de aquella cibdad, y de un criado del virrey y de los demás, *nominatim*, descomulgados, y queriendo ir a poner *cesatio a divinis*, llegó el miércoles treinta de diciembre una provisión de la Audiencia de México en que le mandaban que, so pena de las temporalidades y ser desterrado de los reinos, alzase el entredicho por treinta días, y absolviese a los descomulgados por otro tanto tiempo, y pareciese en México con lo procesado para que se viese si era justa o no la causa del entredicho y excomunión; cumplió así el provisor, y alzado el entredicho y absueltos los excomulgados por treinta días, a reincidencia, se partió otro día para México. Lo que cerca desto pasó, adelante se dirá.

No lejos de aquella venta de Oliveros, donde llegó el padre comisario, está, a la banda del norte, un buen pueblo de indios mexicanos, llamado San Juan, en el cual solía haber un convento nuestro de la provincia del Santo Evangelio; dejóse a los clérigos por parecerles a los prelados que estaba a trasmano; moran en aquel pueblo algunos españoles. Estando en aquella venta, supo el alcalde mayor que los dos frailes de Amozoc, que el uno se llamaba fray Pedro Serrano y el otro fray Diego Méndez, estaban allí cerca en una estancia, y no lo pudiendo ya sufrir, les escribió que se fuesen luego a sus casas, y que si por no irse les sucediese algo, no se espantasen; decía esto porque tenía intento de prenderlos y entregarlos al padre comisario, si no se iban; ellos se fueron luego y no pararon hasta el convento de Xalapa.

Martes en la tarde, veintinueve de diciembre, salió el padre comisario de aquella venta, y andada una larga legua de buen camino llano llegó a otra buena venta llamada de Rodríguez, donde había mejor recado que en la de Oliveros; diéronle de cenar y cama razonable, pero padeció mucho frío, que lo hace por allí muy recio. El agua que allí se bebe es también de pozo, gruesa y salobre, pero al padre comisario y a sus frailes dieron de la fuente sobredicha.

Miércoles treinta de diciembre salió de aquella posada al amanecer, y andada una legua de camino llano pasó por junto a otra venta que llaman de Pizarro, y andadas otras tres leguas y media por unos campos y

llanos muy largos, anchos y penosos, pasó por junto al hospital de Perote, del cual queda dicho atrás, no entró dentro por estar un poco apartado del camino y porque el alcalde mayor no gustaba de llevarle allá, pareciéndole que no estaría allí seguro, y así anduvo otra media legua y llegó a una venta que llaman también de Perote, a la cual viene un arroyo de agua muy buena, y no poco fría, que descende de una sierra muy alta, que llaman asimesmo de Perote, en la cual hay nieve casi todo el año y está a la banda del sur de la venta; allí, en aquella venta, se detuvo todo aquel día y la noche, en la cual hizo muy recio frío.

No lejos de aquella venta, a la banda del norte, está un pueblo grande de indios mexicanos, llamado Xalatzingo, en que solía haber un convento nuestro de aquella misma provincia y dejóse y diose a clérigos, como el otro de San Juan; danse en aquella comarca muchas nueces de la tierra, y aun de las de Castilla; danse piñones, también de la tierra, los cuales son más chicos que los de Castilla pero tienen el mismo sabor y la misma calidad; certificaron al padre comisario (aunque es dificultoso de creer) que los árboles que llevan aquesta fruta no la dan sino de siete a siete años.

Estando en aquella venta recibió el padre comisario general una carta del guardián del convento de San Francisco, de la Puebla, en que le pedía que le absolviese de la excomunión, alegando ciertas causas y razones para excusarse de no haber acudido a sus mandatos. Respondióle el padre comisario lo que convino, pero no le envió la absolución, porque él pedía que fuese en secreto, y su culpa había sido pública y notoria y no quería salir de ella.

Jueves treinta y uno de diciembre, último día del año de ochenta y siete, salió el padre comisario al amanecer de la venta de Perote, y pasados dos o tres arroyuelos que descenden de la sierra nevada sobredicha, y andada legua y media, por entre pinares, de razonable camino, llegó a otra venta que llaman de la Cruz Blanca, junto a la cual corre otro arroyuelo; pasó de largo, y pasado otro arroyo y algunas costezuelas, y andada media legua, también entre pinares, pasó por junto a otra venta, y andada otra legua del mismo camino, entre pinares, llegó a otra venta que llaman de las Vigas, junto a la cual corre otro arroyo; allí le dieron de comer y descansó un rato, y luego prosiguió su viaje, y andadas dos leguas largas de cuesta abajo, entre llanos, y la una dellas de mal país, que de una y otra parte del camino estaba lleno de piedras secas y requemadas, como escoria de herrerías, llegó a otra venta llamada de la Hoya;

pasó de largo por hacer jornada y poder llegar otro día a decir misa a Xalapa, y andada otra legua grande de mal camino, de muchas costezuelas y algunos reventones, con mucho barro, llegó, poco antes que anocheiese, a otra venta que llaman del Soldado; hízose allí mucha caridad y descansó toda la noche. Viene a aquella venta un arroyo de agua muy buena y es tierra aquella templada, donde no hace tanto frío como en Perote, mas, con todo eso, se siente mucho desde media noche abajo.

Viernes primero de enero de mil quinientos ochenta y ocho años, salió el padre comisario de aquella venta, antes que el sol saliese, y andada una legua larga de cuesta abajo, de camino muy mojado, pasó por junto a otra que llaman de Román, por cerca de la cual corre un buen arroyo; y andada otra legua también de cuesta abajo, entre llanos y del mismo camino, llegó a otra venta que dicen del Montañés o de Sedeño; pasó de largo, y andada otra legua llegó al pueblo de Xalapa a las nueve de la mañana y lleváronle a la posada del alcalde mayor; luego dijo misa en un hospital que allí tienen los hermanos de San Hipólito de México, para curar los pobres que suben de las flotas; dieron para ello recado los frailes de nuestro convento, aunque ninguno dellos se atrevió a ir a ver al padre comisario por no caer en la indignación del fray Pedro de San Sebastián. Dicha misa, porque la casa del alcade mayor era pequeña, llevaron al padre comisario a otra de un español, escribano y vecino de aquel pueblo, en la cual estuvo hasta el lunes siguiente y se le hizo mucha caridad y regalo, ayudando para esto los frailes y síndico de aquel convento que, para el padre comisario y sus frailes y para los españoles que le llevaban, daban todo lo necesario. De aquel pueblo y convento de Xalapa queda ya dicho, y por esto no se dice nada dello al presente. Estaban allí en Xalapa fray Pedro Serrano y su compañero cuando llegó el padre comisario, pero fuéronse luego, camino de la Veracruz, por unos pueblos de la visita de Xalapa apartados del camino real.

Domingo tres de enero de ochenta y ocho, dijo misa el padre comisario en el hospital sobredicho, y luego en él predicó a los españoles que se juntaron, que no fueron pocos, ni quedaron poco contentos y edificados del sermón. Fray Alonso de Prado predicó a los indios, que era muy buena lengua mexicana, y ellos mostraron mucha tristeza y sentimiento de lo que pasaba en la orden.